

CAPÍTULO I

Soy un tráfuga radical. Mis cambios se generan a modo de repeticiones: en cada alteración ocurre exactamente lo mismo que ocurrió la vez pasada: una inyección aplicada por mi cirujana, luego una o dos horas de intromisión fantástica, después un periodo de recuperación, de reconocimiento, que puede oscilar entre unas semanas o varios meses. Durante estos periodos me mantengo vivo gracias a una buena dotación de pastillas, a las que tengo una importante adicción.

En la lengua que hablo el género neutro fue aniquilado por el masculino, por lo que yo soy él o algo parecido, aunque también puedo ser ella. Ustedes irán entendiendo. El caso es que cambié y sigo cambiando. La Bruja y la Bul están ahí desde hace varios años, fastidiándome, no importa el estado en que me encuentre.

Descubrí mi naturaleza el día en que me topé con mi novia. En mi memoria ella pasea una y otra vez a la orilla del lago. Repetir esa escena aporta cierta dulzura a mi vida. Sus ojos me parecen de color naranja, pues a esa hora el sol proyecta sobre el agua un rojo dorado en vaivén y no puedo distinguir las almendras transparentes.



En esta narración les hablaré de mi mujer y de todas las personas, animales y vicisitudes de mi vida como tráfuga radical.

En el estado tan lamentable en que me encuentro ahora no puedo más que buscar desahogo. Ya ni pastillas me quedan después de haber perdido a mi mujer, mi TT, mi Bimor, mi penthouse, la mano del Gordo, etcétera.

Se dice que es difícil tener recuerdos de la etapa oral. A pesar de ello, poseo un recuerdo en que mi mamá está hecha de silicón, como un chupón o una muñeca inflable, y es rubia y bonita. Yo soy un bebé que, cansado de succionar inútilmente, se queda dormido. Me escapo gracias a la televisión, frente a la cual se sienta mi Madre Silicona durante horas; prendo entonces mi mirada al video de una tipa rodeada de bebés, y yo soy uno de ellos. Los otros bebés hacen lo que quieren con ella y con su teta enorme y yo me quedo viéndolos, como un retardado, añorando. Los bebés se parecen desagradablemente a mí; su memoria provoca en mí una hipnótica náusea. Todo esto es como una toma aérea del paraíso pederasta. La tipa del video es también rubia; cuando se pone a bailar me desprendo por entero de la escena. Y me duermo sin poder sacarle una gota a mi madre.

Antes de cambiar, antes de convertirme como un Sumo Sacerdote Invertido, yo deseaba que no existieran otras mujeres además de mí. En aquel entonces era sólo una chica que

se teñía el pelo. Las otras eran unas enfermas; las que además eran bellas, me parecían particularmente horrendas: unas arpías que se las ingeniaban para ocultar su fealdad bajo la mirada de los hombres. La ira aún se me cuela a la cabeza. Pero cuando me acuerdo de ella a la orilla del lago, cuando la tipa del video refulge en la recámara, cuando la Madre Silicona empieza a entibiarse, la ira se adormece.

Antes de conocerla empecé a escribir una sórdida historia sobre mujeres; me encantaba ponerlas en evidencia. Había perfilado el personaje de una histérica que en las noches de furor se ponía a seducir perros en los parques. A veces lo conseguía y otras se iba desairada, con el corazón hecho una oveja rabiosa. Había avanzado varios capítulos en las aventuras de esta dama cuando irrumpió ella: mi tema favorito. Apagó la televisión, me hizo olvidar la historia de histéricas, mi próxima partida a no sé dónde. Todo se quedó en un bote de espray con aroma a muerto.

Por cierto, de aquella historia que murió de alguna forma junto con mi viejo yo, he conservado varios pasajes que quedaron insertos en mi alma como sampleos de un amor narcisista.

Mi odio por los hombres se hizo manifiesto ya en avanzados capítulos. Además de evidenciar la maldad de las mujeres, también advertía cierta perfidia en ellos. Este reconocimiento se convirtió en una idea perfectamente insana que me pre-



sentaba a los machos en forma de criaturas horriblemente deseables, pero muy malas.

Aquella idea enferma alcanzó tal madurez que se convirtió en una de mis fantasías preferidas: matarlos a todos y construir un mundo de puras mujeres, donde la belleza no fuera una adversaria tan temible. Aquella fantasía se tornó una estrategia: sólo había que dispersar una canción secreta. Entonces mi sueño adquiría unos efectos de sonido que me erizaban la carne. Pienso en aquellos años, cuando yo aún era una chica que se teñía el pelo, y la canción vibra en el fondo de mi piel:

*Mata a tu marido y a tu padre,
quédate con el más confiable,
que te haga lo que tú sabes,
luego le quitas las llaves
y te lo llevas a la orilla,
luego le sacas los ojos
y lo metes en la jaulilla.
Que de ahí no escape.
No olvides matar a tus hermanos
los no cualificados.
Deja unos sapos,
pero que estén guapos,
quien se los gana les da rana.*

*Vete preñada
sin llevar nada que te haga bulto,
sólo una chichi se permite;
si es chico le apretamos la manga,
si es chica le prohibimos la tanga
para que no compita
la perra maldita.*

Nos reuniríamos al amanecer en la playa. Una vez tomadas las culpas me sentaría en ancas, me aferraría a la espalda de mi esposo moro. La fantasía me dejaba tener un marido, aunque fuera transitorio.

Sentiría el golpeteo del animal, cada vez más rápido galopando hacia la frontera. Alcanzaría la vida que era mía, así tuviera que cortarme el otro seno antes de llegar. Esto último lo omitía casi siempre.

La vanidad era nuestro principal móvil. ¡Cuánto gozaba al pensar en la cara de las arpías cuando me vieran llegar, trepada a mi caballo, con mi hija de ojos almendra en la espalda y mi seno hinchado con leche suficiente para un regimiento! Si tenía buena suerte, mi hija sería la niña más bonita, aunque tarde o temprano se convertiría en una arpía como las demás. Una envidia vergonzosa me importunaba a estas alturas de mi fantasía, se amarraba a mi estómago. Aún quedaba algo de la serpiente cuando todos los machos no calificados



habían muerto. Entonces pensaba que quizás ella sería más hermosa que yo. Y de inmediato me llegaba el remordimiento. ¡Qué dolor tan grande el de una mujer que envidia a su contrincante, aun en aquel mundo ideal, en aquel mundo sin hombres sueltos en la calle! ¿De qué serviría acabar con toda mirada masculina que viniera a sembrar la discordia, si esas mujeres malditas no se transformaban de una vez por todas? Me entraban ganas de cambiar, de ser distinta a ellas.

Mejor me contaba los broches del brasier. Entonces todavía lo usaba, escondía la ira debajo y seguía fantaseando. Mi caballo sería blanco y yo siempre me vestiría del mismo color cuando saliera encima de él. El gozo de aquella fantasía me llevaba al clímax; hasta el muñón me parecía hermoso y excitante. Pero más tarde lloraba por mi seno perdido. Me preguntaba si en mi mundo ideal habría prótesis para Amazonas y otra vez la envidia me apuñalaba. Todas las mujeres posteriores a mi generación no sólo serían más jóvenes, también tendrían sus dos senos. Habría que aclarar ese punto, habría que implantar una ley que balanceara la competencia entre las verdaderas guerreras.

Aquella envidia, tan bien aprendida, pulida, refinada, es lo único que tengo para recuperar a la Chica del Lago. Los gendarmes no me han dejado traer una sola tableta. Acaso la envidia me trajo hasta aquí. Si el bebé fuera niño, lo sacrificaría; esas malditas no me dejarían tenerlo. ¿Qué más daría cuando

estuviera muerto mi marido? Las arpías me harían suprimir a mi hijo, a menos que calificara, pero ¡qué iba a calificar! Si fuera niña, podríamos hacer una vida juntas, una vida pacífica. Le enseñaría a mover las caderas para que se balanceen con gracia maligna, y también a montar a caballo. La llaga me volvía a punzar cada vez que pensaba en aquella muchacha.

Sólo podríamos disponer de sementales ciegos. Y además habría que competir por ellos. Aquí mi fantasía empezaba a decepcionarme. ¿Qué pasaría con los hombres que logran escapar? Sin duda los habría: hombres valientes y feos que no se dejaron embaucar. Su inofensivo destino no sería más que permanecer para sembrar su raza en la tierra infértil de tíquets y envases que tantos años dominaron. Pero habría que matar a todos los no calificados. Aquí el odio a los hombres hinchaba mi seno heroico. Recobraba entonces mi fantasía su bello entusiasmo. En mi próxima vida de amazona sería la envidia de todas mis amigas. La envidia era el mejor halago de mujer a mujer, la envidia me haría feliz y el odio hacia los hombres me fortalecería. Mi mundo ideal estaba casi terminado cuando, repentinamente, me ponía a temblar saturada de ansia por tanta atrocidad que me bailaba en la cabeza. Sobre todo por el moro: imbécil, no había dado ni para el gasto de su propia jaula, moriría inevitablemente, y, además, fenecería deshonorado por una calificación reprobatoria. Yo me iría a la tierra prometida.



El caballo también iría a como diera lugar, así tuviera que arrastrar mi cadáver, porque era un pura sangre y no tenía la más mínima tacha. Trabajo de años me había costado entrenarlo para que me llevara con toda elegancia ante los ojos de esas arpías...

—Sí, sí, pero el peso autorizado es de 550 kilos y usted con su caja de cosméticos y su caballo se pasa por trescientos gramos, tendrá que capar al animal.

—¿Qué?

Yo amaba a ese caballo hasta los infiernos; jamás hubiera permitido un dolor semejante para él. Jamás lo expondría al ardor de esas perras. ¿Querían burlarse de mí? Sería el hazme-rreír con mi caballo castrado. Tendría que dejar la caja de cosméticos.

Ahí mi fantasía entraba en un declive espantoso. Yo pensaba en mi rostro desarmado de maquillaje en sórdida carrera y me sentía abatida. Había matado al moro para posar bellísima sobre mi Ewaz, ¿quién me iba a voltear a ver sin maquillaje? Llegaba entonces una iluminación: pensé en el bultito que crecía en mi vientre, en las estrías, apenas visibles para mi ojo experto. Cuando el bultito creciera un poco más, se convertirían en fuegos de las vanidades, y quizá también saltarían venas como sapos hinchados. Pensaba en esos ojos almendrados de princesa mora que riesgosamente heredaría y con determinación me hacía un legrado. Quizá no fuera tan bella

la pobre de mi hija. Ahí terminaba mi fantasía. Regresaba a mi penthouse en el D. F.

Más tarde le aumenté algunos capítulos a esta historia: ya instalada en el mundo ideal organizaba shows de lesbianas para hombres enjaulados y ciegos. No tardé en darme cuenta de que esa fantasía me excitaba intensamente.

Instalada en el mundo ideal, las cosas se ponían muy bien. Pero en la cruda incertidumbre me atacaba una jaqueca terrible. Después de varias fiestas el cutis se me estaba volviendo graso. Aquello ya no estaba de película. ¿Qué me pasaba? Todas las mañanas tenía un gusto a vulva, a rana, a una de esas ranas a las que, aun abiertas en el colegio, todavía les late el corazón.

Por pasar demasiado tiempo en mi mundo ideal empezaron a escapárseme capítulos en dirección de mi mundo real, y mi cabeza se volvió un desastre. Llegó entonces una vecina a calmar las cosas, y a ponerlas peor. Era una mujer que al principio me pareció ordinaria. Su marido, muerto hacía años, le seguía atribulando el alma. Me enseñaba las fotos de su boda, estaba obsesionada con eso, y yo veía cuán bella había sido y cuán rápido, en otras fotos, se la había acabado el desgraciado ese que hasta conmigo terminaría acostándose. Sí, el fantasma de aquel hombre se me aparecía a veces y me causaba una excitación tremenda. Me quedó el remordimiento con mi



vecina, pero su marido era todo un ejemplar del mundo ideal, digno de propiciar cualquier traición.

Yo iba seguido a casa de mi vecina para pedirle algo o ella venía. Terminamos por volvernos amigas. Coincidíamos en que era de lo mejor tener sexo con hombres fantasmas, aunque yo no me atreví a contarle lo de su marido. Me contó que una vez un demonio se lo había hecho y que le había gustado. Para mi sorpresa resultó ser una mujer muy interesante; había luchado por mantener la juventud de su rostro y su cuerpo a base de cirugías. Viéndolos a distancia, sus implantes dejaban mucho qué desear; en aquel entonces yo no había tenido la mínima tentación de hacerme uno.

La coincidencia en lo de los fantasmas era la parte más divertida de nuestra amistad. Cada vez que ella lo hacía con un fantasma me contaba, y viceversa. Sus anécdotas con los monstruos eran de lo más excitantes, y como se daba cuenta de que me gustaban, me las contaba con más frecuencia. Hasta que nuestra vida sexual terminó convirtiéndose en un anecdotario de aventuras con monstruos.

Ella empezó a visitarme en las noches. Los viernes nos emborrachábamos. Pasamos veladas fenomenales, cada una instalada en su fantasía personal con el monstruo. Era, además, una chica muy guapa; a veces tenía una cara de franca angustia, melena larga y mentón cuadrado, boca y dientes grandes. Había amado a su marido, y el marido le seguía ha-

ciendo la vida de cuadritos. La chica me contaba unas aventuras fantásticas. Hasta guardé algunas para mi estoc. Empecé a sentir cierta atracción por ella, mas la pobre vivía atormentada por los celos de su esposo. Una tarde la encontré en su casa en plena reconciliación con él. Mejor no volví.

Luego conocí a otra chica. Si alguien nos veía juntas, decía que parecíamos hermanas. Tenía ella un novio; había una foto de los dos sobre el buró. Él era uno de esos músicos que andan en una Hummer y se cuelgan cadenas de oro. Ya no sé bien cómo nos hicimos amigas; sólo recuerdo que un día ella sacó unos libros y empezó a darme cátedras. Esto me provocó ganas de huir. No pude asimilar que fuera tan instruida. Cuando no platicaba sobre el tipo de las cadenas, sacaba sus libros. Luego empezó a mencionar a otro tipo cuya foto estaba más escondida. Éste parecía un niño ñoño entradito en años. De pronto la chica pasaba horas hablando sobre él, se echaba a llorar sin estar ebria, y yo nunca pude comprender por qué tanto amor a ese pelmazo. Estos segundos episodios terminaron por hacerme huir definitivamente. Creo que, por el momento, no vale la pena seguir hablando de ella.

Luego conocí a una mujer, que junto a mi Cirujana Plástica, me cambió la vida. Esta mujer fue mi psicoterapeuta.

Yo creía que mi psicoterapeuta era inteligente. Merecía cierta autoridad por el hecho de cobrarme tan caro, usaba un lenguaje afectuoso y fluido que la hacía agradable, tenía



unos lentes muy gruesos sobre grandes ojos color nuez, me emboscaba con una seriedad terminante pero sonreía con facilidad, le gustaba su trabajo y no tenía muchas clientas. Creo que otra chica (a la cual también me dediqué algunas horas) y yo éramos las únicas.

Una vez me dijo que mi cerebro era como un súper y que tenía que ir pensando en la estrategia para comprar la despensa en el menor tiempo posible o bien que pensara en disfrutar mis compras. Tenía razón. El súper era uno de los principales impulsores de mi desorden; yo entraba ahí y la ola de plásticos me arrollaba. Mi ecologismo de aquel tiempo no me permitía ser feliz en un almacén de esa clase. Contárselo a mi psicoterapeuta me ayudó enormemente. Acabé llorando en su pecho mientras ella, sabia y repetitivamente, me decía que lo superara. Perdí mi fobia al plástico. En otra sesión me explicó que el cerebro era como una maquinita de chicles, que cada color de chicle era como una idea, que cada bolita era una división de esa idea y que había que agrupar las ideas por colores para que la cosa funcionara. En eso no estuve de acuerdo, porque el azar da sentido a las maquinitas de chicles.

Poco después de aquella exposición me distancié de ella, no sin que antes el psiquiatra (quién por cierto era su marido) me recetara una buena cantidad de Ribotril para irla pasando.

Cuando volví a visitarla, seis meses después, mi psicoterapeuta seguía igual de correcta. Nos divertimos mucho en

esa segunda etapa porque ella empezó a engañar a su marido conmigo; de ahí en adelante la seguí frecuentando, acordamos la misma cuota, que religiosamente le entregaba dos veces por mes. Era un poco elevado el costo: la tipa no era gran cosa; la forma de su cuerpo era insólita, una pirámide invertida de tetas grandes y músculos firmes. Esto último estaba muy bien, aunque las tetas dejaban mucho que desear. Por lo demás el acompañamiento terapéutico resultó mucho más revitalizador que las terapias tradicionales. Lo hacíamos en el futón, media hora de masaje y plática, quince minutos de acción, cinco más de plática y diez para vestirnos y volvernos a maquillar.

En esa temporada me entró la cosquilla de hacerme el primer cambio. Por esa cosquilla conocí a mi Cirujana Plástica, quien es sin lugar a dudas la mujer de mi vida.

La chica de la sala de espera de mi psicoterapeuta hablaba únicamente para contestar su celular; se vestía siempre de pantalones oscuros, suéter y playera blanca o de algún tono pastel, se me sentaba en el sillón de enfrente como para que yo fuera testigo de su angustia. Pero nunca me miraba. Era muy bonita, esbelta, tenía siempre las manos apretadas en el celular y cuando contestaba lo hacía con voz de estarse muriendo un poco más de la cuenta. La verdad estaba mucho mejor que la psicoterapeuta.

